

Crecimiento Económico y Equidad Social

Rumbos y modelos de futuras sociedades en la América Latina

Dr. JOAN E. GARCES

Panorama Situación Continental, IV parte
Escuela Superior de Guerra - 1972

I — DESARROLLISMO, DISTRIBUCIONISMO, NACIONALISMO, INTERNACIONALISMO Y LIMITACIONISMO.

El mundo de hoy parece cruzado por cinco tendencias principales que, sin agotar por cierto sus múltiples aspectos, nos permiten al menos una aproximación coherente a un tema tan vasto como el crecimiento económico y la equidad social.

Desarrollismo.

La primera de estas tendencias es, sin duda, el formidable y universal impulso de crecimiento económico que ha llegado a convertirse en una de las notas características de la postguerra. Por primera vez en la historia, la humanidad crece a un ritmo anual promedio de cinco por ciento. Esta cifra, que a muchos parece insuficiente, es sencillamente fantástica si la compa-

ráramos con las etapas previas de la revolución industrial. Aun los países líderes crecieron a un ritmo mucho menor en el siglo pasado y a principios del actual, para no hablar del mundo estancado de los años treinta.

El hecho es, pues, que una de las grandes novedades de nuestro tiempo es el crecimiento económico rápido y generalizado. Este hecho ha provocado, a su vez, una actitud que llamaríamos "desarrollista": la fe en el crecimiento económico como panacea universal. Hasta hace muy poco tiempo se creía con pocas excepciones que el crecimiento económico, al que se identificaba sin más con el desarrollo económico, traería como consecuencia casi automática la democracia política, la equidad social y la paz internacional resultante de la convergencia entre los sistemas capitalistas y socialistas en función, precisamente, de ese crecimiento económico que a todos compro-

metía. Hoy, la visión es otra, pero subsiste sin duda entre nosotros, con fuerza particular, esa orientación hacia el crecimiento económico como clave y supuesto del progreso humano en general a la que damos el nombre de "desarrollismo".

Distribucionismo.

Llamaremos a la segunda tendencia "distribucionismo", entendiendo como tal a la actitud que surge de considerar que el crecimiento económico, por sí mismo, no asegura el acceso de todas las clases y naciones a las nuevas posibilidades que crea y que, aún más, es posible imaginar un mundo todavía más injusto como consecuencia del crecimiento económico cuando éste se logra a través de la explotación de hombres por hombres y de pueblos por pueblos. El crecimiento económico no es un fin en sí mismo, en todo caso es un medio para la plena realización espiritual y material de todos los hombres. Debe ser sometido así a las exigencias superiores de la justicia social interna e internacional y, en ocasiones, debe ceder y hasta detenerse por un tiempo en función de necesidades sociales impostergables o de la búsqueda de estructuras más justas.

Nacionalismo.

La tercera tendencia es la enérgica afirmación del interés nacional que se observa en todo el planeta sin distinciones de regímenes o ideologías. Los Estados, portadores de la ideología nacionalista, son maquinarias efectivas de afirmación nacional tanto en el or-

den interno como en el orden exterior, y aun en empresas aparentemente transnacionales como el comunismo o la integración regional; el énfasis en la identidad y el destino nacional ha vuelto a prevalecer con demasiada frecuencia como para que dejemos de considerar al "nacionalismo" como una de las tendencias centrales de nuestro tiempo.

Internacionalismo.

Junto al nacionalismo, crece otra tendencia que apunta a subrayar, cada vez con mayor insistencia, la interdependencia económica, política y cultural que caracteriza a una civilización por primera vez efectivamente planetaria. El "internacionalismo" tiene sus puestos de avanzada en los organismos internacionales mundiales y regionales, en las grandes corporaciones y aun en antiguas estructuras de tipo transnacional como, por ejemplo, la Iglesia Católica: basta recordar, a este propósito, la vibrante exhortación en favor de un orden mundial de *Populorum Progressio*. El mundo al que el nacionalismo hace múltiple es, al mismo tiempo, uno, y la tendencia internacionalista merece colocarse, por ello, entre las principales de nuestra época.

Limitacionismo.

Finalmente, una quinta tendencia ha venido a sumarse a las demás con súbita fuerza. La idea de que este es, al fin y al cabo, un mundo finito, un pequeño planeta, sometido a la amenaza prometeica del hombre, ser violento, depredador y soberbio. El crecimiento

exponencial de la población y la producción económica, así como la progresiva polución del aire y el agua, se unen según esta visión con el agotamiento previsible de los recursos renovables y minerales para impulsarnos a una catástrofe que sólo una inmediata reacción política y moral puede evitar. El mundo es, en definitiva, limitado, y el sistema ecológico, el ecosistema, frágil y precario. Billones de años de evolución pueden perderse irremisiblemente en algunas décadas de irresponsabilidad. El "limitacionismo" promete convertirse, en los próximos años, en una de las corrientes intelectuales más influyentes del mundo actual.

Las tendencias y sus relaciones.

Desarrollismo, distribucionismo, nacionalismo, internacionalismo y limitacionismo forman un sistema de múltiples relaciones. Sus orígenes son diversos. El desarrollismo se expandió rápidamente en los años Cincuenta: la década en que el resurgimiento europeo y, hacia el final, el apaciguamiento de la guerra fría, permitieron concebir osados sueños sobre la base del aumento persistente del producto bruto anual de un puñado de países líderes. El distribucionismo, por su parte, es tan antiguo como el socialismo del siglo pasado, pero recibió un nuevo impulso en el plano internacional con la aparición del Tercer Mundo. El nacionalismo, tan viejo como la Edad Moderna en Europa, renació vigorosamente con la descolonización de la postguerra. Las Naciones Unidas, la expansión de las

corporaciones multinacionales, la revolución de las comunicaciones y los procesos de integración económica están en la raíz del auge del internacionalismo. Y la vertiginosa difusión de la ecología que sigue a los primeros síntomas de polución en el mundo desarrollado y de explosión demográfica en el mundo subdesarrollado empuja al limitacionismo a foros y conferencias mundiales.

Tendencias antiguas como el nacionalismo y el distribucionismo, fenómenos de postguerra como el desarrollismo y movimientos recientes aunque reconozcan remotos antecedentes como el internacionalismo y el limitacionismo vienen a confluír en nuestra época de una manera que no es siempre pacífica. Como los valores en la concepción de Max Weber, como los dioses de la mitología griega, las tendencias principales del mundo contemporáneo luchan entre sí, a veces se reconcilian y no faltan ocasiones en que se confuden.

Estas confusiones llevan a equívocos que no es fácil disipar. El distribucionismo se presenta a veces, por ejemplo, como una fórmula de crecimiento económico: el "estructuralismo" nos dice, en este sentido, que la redistribución previa de la riqueza puede ser la condición necesaria de un sano y enérgico crecimiento ulterior. Y hubo experiencias como la de Stalin en que un país creció aceleradamente para salvar el socialismo, esto es, la distribución. No hemos dejado de ver últimamente una empresa política que apuntó a la afirmación nacional a través de la integración regional: no fue

otro el sentido del "gaullismo". Hay quienes acusan, en otro terreno, al mundo desarrollado de hablar ahora de límites al crecimiento, de un crecimiento "cero", para salvar su propio crecimiento contra la competencia creciente del Tercer Mundo. Y puede verse en más de una iniciativa soviética y norteamericana formulada en nombre de principios internacionalistas, el empeño de proteger imperios en definitiva nacionalistas: así ven algunos, por ejemplo, el tratado contra la proliferación de armas nucleares. Es preciso, entonces, hilar muy fino, e identificar cada tendencia, cada variable, por lo que verdaderamente es y nó por lo que aparenta ser. Esta advertencia dificulta la tarea de pesar la situación actual en el contexto de las cinco tendencias apuntadas, pero no la anula. Sigue siendo verdad que, con las debidas precauciones, ellas nos ofrecen una aproximación válida a los problemas del desarrollo económico y social.

Existen también ciertas corrientes de "simpatía" entre las variables que es útil determinar. Algunas corrientes son más congruentes entre sí que respecto de otras. El limitacionismo, así, parece naturalmente inclinado hacia el internacionalismo en cuanto llama la atención sobre la existencia de un sólo planeta para una sólo humanidad. Del mismo modo, acepta cuotas importantes de distribucionismo al proponer severas restricciones al crecimiento económico que hemos conocido hasta ahora. Ha sido la burocracia internacional tanto como grandes corporaciones que han lanzado las más enérgicas ad-

vertencias sobre la explosión demográfica y la polución, y el freno resultante del crecimiento económico no puede verse sino completado por altas tasas de distribución si la palabra "progreso" ha de seguir teniendo un sentido para vastos sectores en un mundo de limitación y de escasez.

Nos parece ver otra línea de congruencia en la relación entre crecimiento económico y nacionalismo. Crecer es autoafirmarse ante el mundo, y esto lo sienten intensamente las naciones en retraso. El nacionalismo es a la vez, compatible con el distribucionismo o, inclusive, lo exige en el nivel mundial en cuanto propone redistribuciones de la riqueza mundial. El distribucionismo aparece en esta forma en las dos series de congruencias, mientras nacionalismo y crecimiento económico por una parte, internacionalismo y limitacionismo por la otra, se alojan más bien en categorías divergentes.

Todas estas distinciones nos van dando alguna claridad en la consideración de las cinco tendencias, pero no son las únicas necesidades. Es posible advertir, en este sentido, que algunas de estas tendencias admiten diferencias internas significativas. Hay un distribucionismo "nacional", así, cuando de lo que se trata es de nivelar las condiciones de vida de las diversas clases o sectores que componen una sociedad nacional. Este tipo de distribucionismo es una realidad bastante avanzada en el mundo desarrollado y una aspiración intensa en el mundo en vías de desarrollo. Y hay otro distribucionismo, de carácter "internacio-

nal", que postula la nivelación de las condiciones de vida entre las naciones que componen el sistema internacional: este tipo de distribucionismo es, por supuesto, insistentemente promovido por el Tercer Mundo.

En otro orden de cosas, el nacionalismo es "ofensivo" cuando expresa las intenciones expansionistas de las grandes potencias. Es "defensivo" cuando coincide con las ansias de independencia y autonomía de las naciones menos poderosas. Estas distinciones entre el nacionalismo de los grandes y el nacionalismo de los pequeños y, sobre todo, aquella otra entre el distribucionismo nacional o internacional, facilitarán la tarea.

Habíamos visto que existe cierta congruencia, cierta simpatía, entre las variables del nacionalismo y el crecimiento económico de un lado y las variables del limitacionismo y el internacionalismo del otro. También es verdad, según hemos apuntado, que existen relaciones de oposición o incompatibilidad entre variables "polares" una respecto de la otra: en las antípodas del nacionalismo, así se halla el internacionalismo y al limitacionismo se opone, simétricamente el desarrollismo. También puede encontrarse una fuerte tensión entre el desarrollismo, que acentúa el ahorro y la inversión, y el distribucionismo que se inclina más bien por el mejoramiento inmediato de las condiciones de vida.

No queremos afirmar que estos tres juegos de variables "polares" expresan oposiciones irreductibles e insuperables. Hasta podría sostenerse, en ver-

dad, que los polos terminan por reconciliarse en algún punto de la evolución. El nacionalismo excesivo lleva a la destrucción de la nación. El limitacionismo puede salvar, al fin, las posibilidades efectivas de crecimiento económico. Y sin crecimiento económico, por otra parte, mal puede haber distribución. Es más, según lo prueban recientemente estimaciones de la CEPAL la distribución del ingreso nacional se hace más equitativa a medida que el ingreso per cápita es más elevado: una escala que parte de los bajos ingresos per cápita en América Latina, y pasando por los ingresos más altos de la región, culmine en los niveles de Europa Occidental, muestra puntualidad que, a medida que crece el promedio individual, también crece la participación de los sectores de menores recursos en el ingreso nacional. Hay, pues, una compatibilidad final entre las variables, puesto que en último análisis ellas se necesitan recíprocamente y, si se exageran en forma unilateral, terminan anulándose a sí mismas. Pero esta compatibilidad final no excluye conflictos en el corto, mediano y hasta el largo plazo. Hay un horizonte de armonía entre los valores y las tendencias. Pero como todo horizonte, se aleja a medida que avanzamos dejándonos duras y conflictivas opciones en el camino.

II — AMERICA LATINA Y EUROPA OCCIDENTAL

Sobre la base del marco conceptual que hemos esbozado, se podría intentar la ubicación y clasificación de los di-

versos modelos de desarrollo en el orden nacional y regional. Ahora nos interesa especialmente América Latina, y en élla nos concentraremos. Y, para dar a su estudio alguna perspectiva, algún punto de referencia trataremos de ubicarla frente a las variables, paralelamente con Europa Occidental.

América Latina parece ajustarse, en este sentido, a un mínimo común denominador que pasa por una de las corrientes de simpatía entre variables que hemos identificado. En élla, y sin excepciones, el nacionalismo pesa más que el internacionalismo. América Latina está, todavía, en la etapa de la construcción nacional y, por eso, el nacionalismo es una marca común de la región. Un nacionalismo de tipo defensivo, puesto que de lo que se trata es de salir de situaciones neocoloniales, aunque pueden darse fenómenos secundarios de nacionalismo ofensivo en los países líderes de la región y en relación con sus vecinos más pequeños.

Por otra parte, América Latina se ubica claramente en el polo desarrollista antes que en el polo limitacionista. Para nosotros, el espacio y los recursos naturales son más horizontes de conquista que ámbitos agotados. En algunos complejos urbanos como Buenos Aires, México, Bogotá o San Pablo, se sienten agudamente los problemas que dan lugar a la actitud limitacionista. Pero qué decir de los Andes, la Patagonia y el Amazonas? El impulso hacia el crecimiento es mucho más enérgico en América que los temores por el crecimiento.

Del mismo modo, América Latina tiene como común denominador el distribucionismo internacional. Sus modelos internos son muy variables en lo que respecta al distribucionismo nacional, y corren en este plano de extremos desarrollistas a extremos distribucionistas. Pero todas las naciones latinoamericanas, cualquiera sea su régimen político o económico, coinciden en reclamar del mundo desarrollado una distribución más justa de la riqueza mundial, sea bajo la forma de un sistema monetario que contemple la posición del Tercer Mundo, sea bajo la forma de precios más altos para las exportaciones de la región, sea bajo la forma de asistencia financiera.

América Latina se desplaza así, sin excepciones significativas, por una línea de simpatía entre las variables del nacionalismo defensivo, el desarrollismo y el distribucionismo internacional. Aquí reside el punto de coincidencia donde los diversos regímenes latinoamericanos se encuentran para ofrecer una imagen común al resto del mundo.

Una coincidencia que resulta, en los hechos, exactamente opuesta al punto de reunión de los europeos. Es evidente que, a través de la construcción de la Comunidad Económica Europea, las viejas naciones de Europa buscan instituciones y modos de operación de nivel regional. Esta búsqueda ha llegado a una profundidad inimaginable en los planes de convergencia económica, y hasta cabría preguntarse si aun episodios aparentemente antiregionales como el referendun noruego no respon-

den más bien a la fidelidad a una sub-región, en este caso Escandinavia, que a la persistencia victoriosa del nacionalismo.

Europa es, también, un medio especialmente sensible a las prédicas limitacionistas. Aquí el espacio está, en verdad, saturado, y ya existen problemas de regiones industriales agotadas como, por ejemplo, aquellas vinculadas con el carbón. Habiendo llegado a un nivel aceptable de ingresos per cápita y experimentando de manera general los alcances de la polución así como el agotamiento de la tierra y los recursos minerales, Europa se abre naturalmente a la ecología y forma la vanguardia de la nueva sensibilidad que ve en el crecimiento económico no ya una promesa, cuanto un peligro.

Finalmente, Europa Occidental es también distribucionista pero con un signo diferente que el latinoamericano. Empeñados en crecer, los latinoamericanos coinciden en el distribucionismo internacional, pero difieren fuertemente sobre el distribucionismo nacional: inclusive los extremos distribucionistas en lo nacional presentan sus fórmulas como un método para crecer, como un paso previo, estructural, al crecimiento. Europa Occidental, por lo contrario, ha sido y es gobernada por partidos democráticos y socialistas que han asegurado, a lo largo del tiempo, un elevado índice de distribucionismo interno, mientras, pese a algunas concesiones y muestras de sensibilidad como la que representa esta misma reunión, es naturalmente mucho más reticente

en lo que se refiere al distribucionismo internacional.

En cierto modo, pues, América Latina y Europa Occidental se hallan en las antípodas. La primera, encuentra su propia coincidencia en la línea que une el nacionalismo defensivo con el desarrollismo y a ambos con el distribucionismo internacional. La segunda se despliega, más bien a lo largo de la línea internacionalista limitacionista-distribucionista nacional. Son dos modos de ver la época contemporánea, son dos aproximaciones a la realidad que expresan, en su divergencia, las distintas perspectivas de las cuales parten.

III — BRASIL, CHILE, PERU

Si bien América Latina se presenta como un conjunto homogéneo y opuesto al europeo, admite a partir de su mínimo común denominador fuertes diferenciaciones internas. La línea nacionalismo defensivo, desarrollismo, distribucionismo internacional la caracteriza como región y la vincula, ciertamente, con amplios sectores del Tercer Mundo. Pero sus modelos nacionales de desarrollo muestran marcados contrastes en el interior de esa frontera.

Quizás podríamos imaginar, a este respecto, tres posiciones básicas en América Latina según sea el desarrollismo, el distribucionismo o el nacionalismo el valor-eje en torno del cual giran todos los demás. Brasil surge, desde este punto de vista, como un modelo nítidamente desarrollista. Es

verdad que el régimen brasileño ha demostrado preocupaciones sociales en materia de educación y desarrollo regional, por ejemplo, que no siempre se le reconocen debidamente, pero sigue siendo verdad que, para el Brasil de hoy, el criterio de éxito, de realización nacional, pasa por la cifra decisiva del crecimiento anual del producto, por otra parte impresionante. Es correcto concluir, pues, que tanto el nacionalismo defensivo que podría traducirse en restricciones al capital extranjero, como la distribución internacional, que podría implicar transferencias de ingreso a los sectores más humildes, quedan subordinados en el régimen brasileño a la consideración prioritaria de la tasa del crecimiento económico anual, como expresión de una actitud categórica y conscientemente desarrollista.

Chile ofrece, por su parte, un modelo polarmente opuesto al del Brasil, al haber escogido la distribución de ingresos y de influencias en el seno de la sociedad como su objetivo principal. Otra vez, por supuesto, hay que matizar juicios demasiado categóricos: hay en el gobierno chileno ingredientes nacionalistas defensivos evidentes como, por ejemplo, la nacionalización de las empresas del cobre apoyada por todos los sectores de la vida política. Pero, Chile nos ofrece hoy un modelo de desarrollo en el que una nueva distribución de los recursos nacionales precede a otras consideraciones políticas y económicas.

Perú se aloja, finalmente, en una tercera posición. Nos parece ver en el modelo peruano, en efecto, el intento de conciliar las necesidades del crecimiento económico y las demandas de nivelación social en el interior defensivo. Esta perspectiva explicaría el pragmatismo del régimen peruano al combatir en un terreno a las inversiones extranjeras admitiéndolas en otro, así como la mezcla de reformas de estructura, fuerte autoridad y apelaciones patrióticas que ha ido elaborando en sus años de revolución. A partir de un activo ingrediente de nacionalismo político y económico, el régimen peruano va recurriendo alternativamente a medidas desarrollistas y distribucionistas según lo indiquen las circunstancias y el objetivo final de construir una nación vigorosa allí donde graves clivajes sociales y étnicos debilitaban la potencia del conjunto. En cierta medida, puede verse en la revolución mexicana y en el proceso peronista antecedentes, esta pretensión de reconciliar crecimiento y distribución en función de la prioritaria afirmación de una voluntad nacional.

Brasil, Chile y Perú se presentan, así, como modelos polares, como ejemplos casi perfectos de tres tipos distintos de desarrollo y, de este modo, pueden servirnos de puntos de referencia adecuados para ubicar al resto de las naciones de América Latina en algún punto del triángulo que forman. Por algo son considerados así como "modelos" alternativos, en el resto de la región. Es que tienen rasgos tan defini-

dos que los convierten en arquetipos y, en su definida configuración interna, se ofrecen al resto de las naciones latinoamericanas como objetos que incitan a una gran discusión.

Nuestra proposición en este punto es la que no existe una relación necesaria entre la naturaleza política de un régimen en América Latina y sus consecuencias para el desarrollo económico-social. Antes del caso peruano, podía pensarse que las Fuerzas Armadas se inclinan necesariamente por los sectores privilegiados y, en todo caso, por un desarrollo económico que no afecte a las estructuras sociales tradicionales. Pero el ejemplo del Perú como antes, por otra parte, tanto el peronismo como el varguismo - ha corroborado la impresión contraria de que la institución militar es tan flexible en sus acciones económico-sociales una vez en el poder como los partidos políticos y que, como ocurre con la Iglesia, es incorrecto asignarle de antemano un determinado papel. Fuerzas Armadas e Iglesia tienen en la América Latina de hoy sus corrientes internas de derecha, centro e izquierda, y se insertan en el panorama político según razones y circunstancias que varían de país en país. Es insostenible, por lo tanto, la pretensión de ligar a los modelos de desarrollo que hemos indicado con la clase política que les impulsa. Tanto la clase partidaria como la clase militar podrían identificarse desde el poder con cualquiera de los modelos enunciados. Hay, por cierto, diferencias de estilos y de actitudes evidentes, por ejemplo, que un régimen militar tiene menos preo-

cupación por los derechos y garantías individuales y más preocupación por los posibles desbordos de indisciplina colectiva, pero éstas y otras diferencias significativas e importantes no bastaban, empero, para descolocar a hombres de partidos y a hombres de armas frente a las tres posibilidades vigentes del desarrollo latinoamericano.

IV — SIGNIFICADO DE TERMINOS EN EUROPA Y AMERICA LATINA

Para facilitar el diálogo latinoamericano-europeo que promete esta reunión, sería necesario agregar a las proposiciones iniciales que venimos de presentar un llamado de atención sobre la naturaleza diferente de términos igualmente usados a uno y otro lado del Atlántico. Hoy se difunde cada vez más, por ejemplo, la palabra "socialismo". Pero se comete un error si se entabla una discusión a su respecto sin admitir desde el comienzo, que esa palabra quiere decir una cosa en América Latina y otra en Europa. En Europa, "socialismo" es la distribución que sucede o, en todo caso, acompaña al desarrollo. Sólo marginalmente implica la estatización de los medios de producción. El socialismo europeo se ha concentrado, más bien, en la redistribución fiscal de los ingresos, así como en la extensión de los servicios sociales a toda la población.

En América Latina, por lo contrario, socializar es, casi siempre, sinónimo de expropiación de los medios de producción sea en dirección a cooperativas o, con mayor frecuencia, hacia el Estado. Pues, siendo en América Latina, co-

mo hemos visto, el crecimiento económico y no la distribución el tema común de preocupaciones, de lo que se trata es de forzar la intervención del Estado en esa dirección. En Europa, el crecimiento económico ha sido, fundamentalmente una tarea de la empresa privada, y el socialismo vino después a corregir el cuadro de ingresos resultante. En América Latina, el socialismo se presentó con el comienzo del crecimiento económico y, como en el resto del Tercer Mundo, no es sólo un método de distribución sino también, y superlativamente, un método de crecimiento a través de la estatización de los medios de producción.

Otra distinción similar admite el término "nación" o "Nacionalismo". Debe comprenderse que mientras en Europa ser nación es un hecho, un dato inexorable de la realidad, en América Latina es un proyecto ansiosamente compartido. Los europeos tienen sus naciones atrás, en la historia. Los latinoamericanos adelante, en sus sueños y proyectos. El vigor del nacionalismo en una y otra parte es, así, diferente, y no por nada la palabra tiene un significado sospechoso en Europa y positivo en América Latina. Ser nacionalista en Europa quiere decir, quizá, aferrarse a esquemas en definitiva provincianos, o abrirse a una consideración autoritaria del sistema político. En América Latina, significa participar enérgicamente en la construcción de nuevas empresas políticas hasta ahora signadas por la dependencia y la irrelevancia.

No es lo mismo, tampoco, la significación de la región en uno y otro contexto. Para los europeos, Europa es algo que estuvo aquí antes de las naciones y, en cierto modo, que puede reconstruirse con el Mercado Común. Para los latinoamericanos, América Latina nunca existió: antes fué a lo sumo, un espacio colonial que incluía relaciones externas más poderosas que las relaciones recíprocas. Aunque parezca mentira, recién nos estamos descubriendo unos a otros. Y por eso, para nosotros construir la región no es una tarea que viene después de haber sido naciones y en dirección de un pasado de unidad, sino definir un ámbito de rica pluralidad diferente del resto del mundo pero cruzado, a la vez, por fuertes contrastes nacionales.

Uno de los temas que dan lugar a distintas significaciones es, sin duda, el tema de la naturaleza. Para los europeos, la naturaleza es un vencido que merece consideración. Para los latinoamericanos, un gigante que nos desafía. Los europeos han dejado de ver a la naturaleza como una fuente infinita de posibilidades y de amenazas: todo el giro ecológico consiste, ahora, en verla como un equilibrio frágil, finito y precario que el hombre, con sus terribles poderes, ha puesto en peligro. Pero nadie que circule por los grandes espacios abiertos de América Latina puede recoger la misma impresión. Ante un espacio virgen y en gran parte desierto, todavía se sienten las emociones del pionero y todavía se da curso a los impulsos orientados a la conquista y la expansión.

Por eso la nueva temática del limitacionismo crea resquemores en América Latina. Es que tememos ser invadidos otra vez por ideas y convicciones que, correspondiendo al nivel europeo de desarrollo son prematuras para nuestra propia situación. Los ideales de la democracia y el socialismo, por ejemplo, llegaron a Europa cuando ya una oligarquía decidida había promovido el ahorro y la inversión. Entre nosotros, llegaron antes del desarrollo. No nos golpeará ahora anticipadamente la duda sobre el crecimiento? Los latinoamericanos estamos cada vez más en guardia sobre los efectos de demostración que un sistema de comunicaciones global nos lanza cada día, perturbando gravemente nuestro propio equilibrio entre la realidad y las ideas, entre las posibilidades y las pretensiones, como que proviene de civilizaciones que nos exportan, junto con sus productos avanzados, preocupaciones congruentes con sus problemas y extrañas a los nuestros.

Socialismo, nacionalismo, naturaleza, son ejemplos de que, bajo términos iguales, escondemos distintas significaciones. Hay aquí, nos parece, todo un campo de investigación sobre las acepciones diversas de términos aparentemente idénticos, en América Latina y en Europa. Paralelamente, la irradiación de la cultura europea no debe hacerse a costa de la alineación de las naciones del Tercer Mundo de su propia realidad. Debe ser, más bien, un estímulo que las oriente a una apreciación más adecuada de esa realidad. Es así como existen, pues, distancias,

brechas y falsas identificaciones entre la visión europea y la visión latinoamericana de nuestro tiempo que deben tomarse en consideración para asegurar la fecundidad de un diálogo por otra parte imprescindible.

V — SUMARIO

A lo largo de este trabajo hemos propuesto cuatro temas centrales a la consideración del lector. El primero de ellos es la indagación acerca de las tendencias fundamentales que mueven hoy al mundo que nos rodea. En este papel hemos identificado cinco de esas tendencias - nacionalismo e internacionalismo, desarrollismo y limitacionismo, distribucionismo. Pero esta identificación queda, naturalmente, abierta a la consideración de todos. Es posible preguntarse, en este sentido, sobre la conveniencia de un método como el presentado. Puede ser, también que el número de variables deba diferir. O, inclusive, que las relaciones entre las variables aquí esbozadas presenten otros aspectos nuevos o contradictorios.

Nos hemos interrogado, en segundo lugar, acerca de la ubicación respectiva de Europa y América Latina frente al conjunto de las mencionadas variables, y nos pareció observar que, mientras América Latina se ubica fácilmente, sin perjuicio de sus variaciones internas, en la línea nacionalismo defensivo, desarrollismo, distribucionismo internacional, Europa Occidental milita, más bien, en otro bando, según la línea internacionalismo, limitacionismo, distribucionismo nacional. Es evi-

dente, a este respecto, la colocación en las antípodas de europeos y latinoamericanos en temas como algunos ligados a la protección del medio ambiente y el crecimiento económico y demográfico. Queda por comprobar si éstas y otras contradicciones provenientes de diversos niveles de desarrollo y de una relación distinta entre el hombre y la naturaleza se ajustan a las líneas sugeridas o se explican en cambio, en función de otras razones.

Se ha intentado, también plantear criterios para el estudio de las diferenciaciones internas en la región latinoamericana. Para servir a este propósito se trató de identificar tres modelos polares cuya exaltación priorita-

ria de un valor determinado-Brasil, el crecimiento económico; Chile, el distribucionismo nacional; Perú, el nacionalismo defensivo-podría explicarlos no sólo en sí mismos, sino como puntos de referencia para la ubicación del resto de los regímenes latinoamericanos.

Finalmente, una corta advertencia se deslizó hacia el fin del trabajo, orientada a destacar el significado diverso que términos iguales tienen en Europa y América Latina y, por lo tanto encaminada a señalar las distancias que separan y las influencias que a veces unen nocivamente la tarea, de europeos y latinoamericanos, de interpretar su propia realidad.